

# Mariana Rondón:

**L**a oscuridad reina en la sala. Los asistentes observan fijamente un feto suspendido en el aire. Atrapado, se mueve en una burbuja llena de humo. A los 12 segundos, el útero falso estalla y puede verse su imagen en cada gota de agua. Entonces, la máquina despierta. Un aro metálico sube y baja hacia una bandeja llena de líquido. Cuatro ventiladores inflan la película jabonosa. Las máquinas vomitan niebla y una pareja inasible surge mirándose dentro de otra burbuja.

Esta pieza de arte electrónico muestra imágenes de realidad y de sueño en úteros jabonosos que tienen sólo 12 segundos de existencia. Son imágenes fantasmagóricas de seres transgénicos, humanos con agregados, máquinas que sueñan en la efímera pantalla del jabón. Esta obra de Mariana Rondón, *Llegaste con la brisa 2.0*, participó en la exposición *Synthetic Times – Media Art China 2008*, celebrada en Beijing en julio pasado.

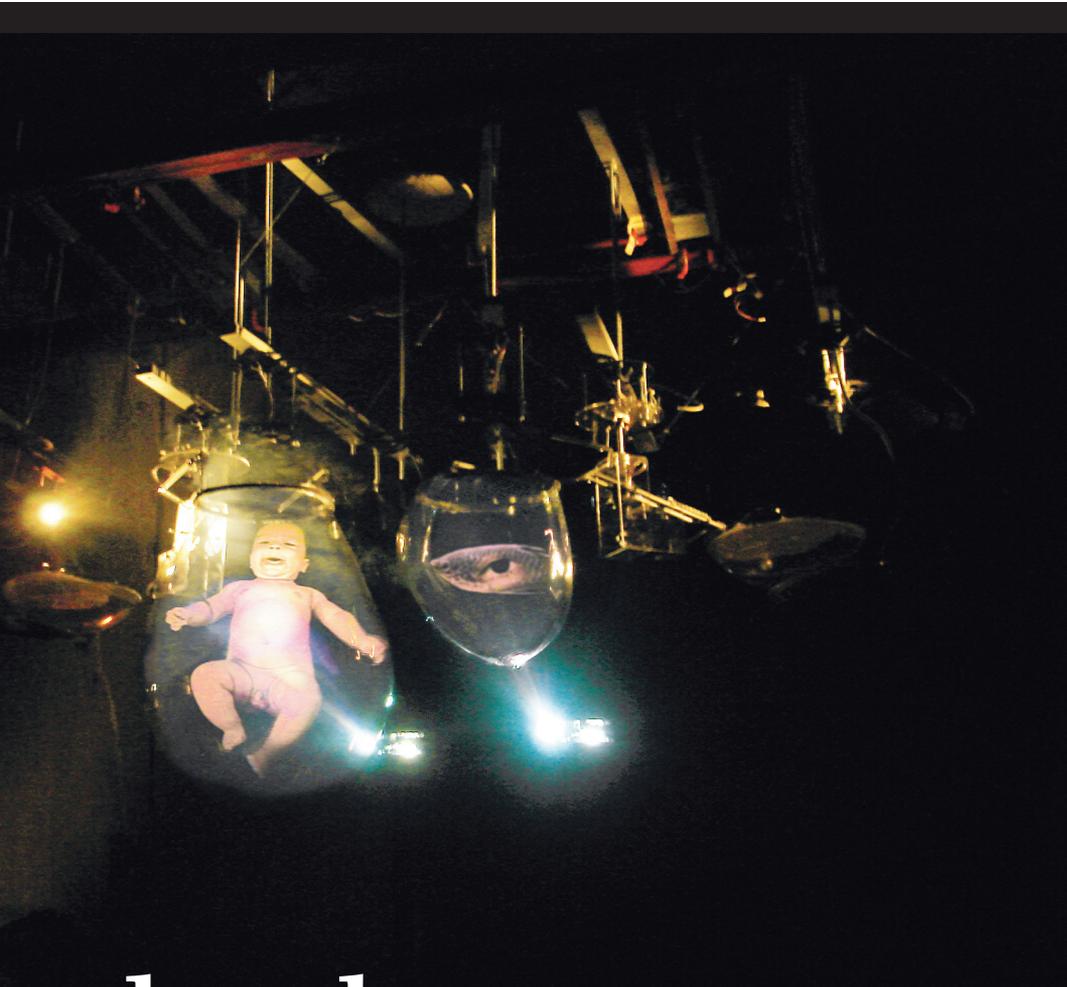
Semanas antes, de negro cerrado —como casi siempre—, la artista y cineasta se acodaba en la barra de un restaurante, con un trago al alcance de la mano. Sus grandes ojos verdes acompañaban cada uno de sus gestos mientras explicaba la fascinación que siente por el arte electrónico. Desde hace ocho años, el cine y las aplicaciones artísticas de la robótica se han apoderado de los días y buena parte de las noches de esta pequeña mujer: “No sabía que me estaba metiendo en robótica, he llegado probando. Es más, mi primera máquina era manual”.

No es difícil imaginarla a horcajadas pedaleando un sistema de poleas por agotadoras jornadas, buscando la fórmula idónea, hasta que se le ocurrió contactar a un ingeniero. “Le dije: ‘necesitamos darle a las máquinas más grados de libertad, para que sean un robot’. Pero en ningún momento me lo planteé como una meta, lo que quería era un ser etéreo, una combinación genética”.

Hace casi una década, Mariana buscaba una cámara prestada en casa de un amigo y resultó que un tío que estaba de visita —era español y presidente de la Comisión de Bioética Europea— se quejaba de su trabajo. “Con el auge de la clonación tenían que dismantelar diariamente varios laboratorios genéticos clandestinos. Y hablaba de las posibilidades que la genética ofrecía. Fue algo alucinante”.

No fue ni la criatura creada por la joven Mary Wollstonecraft Shelley ni el autómatas maligno de Fritz Lang su inspiración primera. Tampoco fueron los destinos posibles de una humanidad poblada de humanoides, *robots*, *cyborgs* y otras criaturas que pueblan las narraciones de la ciencia ficción. Lo que le hizo *click* fue un detalle de *El jardín de las delicias*. En el panel central del tríptico del Bosco, hombres y mujeres desnudos se entregan a toda clase de juegos. En las aguas del lago, una burbuja se posa sobre un fruto, prisión de un hombre que observa con pavor a una rata negra. La burbuja encierra a una pareja que se goza.

“Empecé a buscar esas combinaciones que veía en El Bosco. Después vi en Magritte y Remedios Varo unos híbridos bellísi-



# la obra en negro

mos de un gato con un gallo y me percaté de que toda la pintura, la escultura y la literatura estaban llenas de eso. Era lo que los genetistas iban a hacer, pero yo no podía estudiar genética, ni sabía pintar. Sólo me quedaba hacer mis personajes dentro de las burbujas de jabón”, explica.

Esta tarde, la calma chicha se apodera de los Palos Grandes. Finalmente, Mariana llega. Acaba de regresar de Beijing. Comenta que prefiere la terraza del café para poder fumar con tranquilidad. Se percata de que no tiene yesquero y dice sonriendo: “Estuve tres años sin fumar y empecé poco a poco otra vez”. En la mesa vecina le prestan un encendedor y le comentan *Postales de Leningrado*, largometraje alabado por el público y la crítica especializada, que ya ha participado en 34 festivales, ganando 19 galardones. Con exitosas exhibiciones en New York y San Francisco, el reconocimiento más reciente se produjo en el Festival Nacional de Cine de Margarita, donde se impuso como mejor película. Pese a los cuestionamientos que en un primer momento la acompañaban en el vuelo a la isla, la cineasta sonríe y explica: “La película había ganado en Mérida, pero me intrigaba un poco este nuevo festival. La razón la tuve dos minutos después de que entré a las salas de cine: estaban llenas, porque de eso se trata. Son 24 estrenos y eso nos hace mucho bien”.

Poseedora de una mirada crítica acerca del movimiento cinematográfico en el país, Mariana siempre opina con ingenio y mesura. Los cambios recientes en La Villa del Cine le agradan. “Pienso que Juan Carlos Lossada tiene una visión acertada de cómo hay que mover al cine, cómo entrarle no sólo a la producción sino a la difusión; me gusta lo que está haciendo con el reglamento. No importa quien tenga el poder, lo que necesitamos es blindar la pluralidad y la existencia de presupuesto para que se haga un cine nacional amplio. Finalmente la villa se está acercando al cine”.

Con sus recuerdos de infancia —marcada por la clandestinidad de sus padres, su niñez fue casi un permanente juego de escondite—, creó *Postales de Leningrado*, una película que le ha dado un importante reconocimiento en este y otros patios y la ha establecido como promesa del cine criollo. Pero, su talento no se limita al celuloide. De hecho, con concentración de científico —no muy en sus cabales— se ha adentrado en los territorios de la robótica y los seres transgénicos. Hace unos meses representó a Venezuela en *Synthetic Times – Media Art China 2008*, celebrada en Beijing dentro del marco de las Olimpiadas Culturales y Deportivas

*Postales* fue consentida por audiencias exigentes: estuvo ocho semanas en los cines de Ciudad de México. Francia, Colombia y Perú todavía esperan por ver el segundo largometraje donde la cineasta, literalmente, dibuja las vicisitudes de una hija de guerrilleros. Es la historia de su familia: “Muchos de mis parientes no entienden por qué digo que es nuestra historia. Mezclé unos personajes con otros y nadie los identifica, pero, bueno, traté de ser muy fiel a mi memoria. No quise averiguar nada más, sino quedarme con esas impresiones de la infancia, pero lo que sí quería que sobreviviera era el miedo”. Sus padres fueron militantes de izquierda en los sesenta, vinculados con la lucha armada. Uno de los nombres con los que conocían a Mariana era “el bebé de Maicao”: su coche sirvió de transporte de armas de fuego. Todos los testimonios que aparecen en sus “postales” pueden ser leídos como un profundo retrato psicológico de esa niñez signada por las mudanzas, el cambio abrupto, las falsas identidades y la pasión por las ideas.

De esa infancia conserva recuerdos que no aparecen en el *film*. Una mañana, por ejemplo, sus padres le escamotearon algunas horas a la vida clandestina y fueron a comer fuera. Pavel Rondón, su papá, le sugería que tomara jugo de naranja por la vitamina C y su madre, Marcela, de mango, porque era temporada. Entonces ella exclamó: “la que se va a tomar el jugo soy yo”. “Esa fue una declaración de autodeterminación y principios. Por eso lo recuerdo siempre”, comenta el padre. Investigador especializado en temas de petróleo y fronteras, fue embajador en Colombia y vice-canciller para América Latina, asevera entre risas: “Una vez, casi bebé, dijo que se iba de la casa. Agarró una piñata rota de su cumpleaños y una mesita y cuando estaba saliendo se paró en la puerta. Viéndonos gritó: ‘Miren y ustedes no me van a pedir que me quede?’”.

El cine la ha marcado desde siempre. El padre cuenta que cuando vivían clandestinos en Barquisimeto tenía una colección de música de cine y eso era lo que escuchaban. Cuando Marcela inició el trabajo

de parto, el 8 de mayo de 1966, lo que sonaba era *El puente sobre el río Kwai*. Era el día de las madres y la clandestinidad no impidió que Mariana apareciera en la primera página de *El Impulso* como la primera niña nacida en esa fecha.

Luego de la pacificación, en el gobierno de Caldera, su padre vuelve a la UCV, donde tiene un activo rol en la reactivada FCU. Eran años de debate y pugnas políticas, una década donde germinó el descontento y la desconfianza por los partidos políticos que, años después, capitalizaría Chávez. En esos años, la pequeña Mariana estudiaba en la escuela “Jesús María Bianco

ni perezosos, se involucraban en la discusión y creación intelectual. La escuela Bianco funcionaba como una suerte de colegio especial donde los niños liberaban sus demonios y su creatividad sin sufrir la censura del entorno. San Juan recuerda: “Había mucha libertad para la reflexión y las búsquedas artísticas. Podían dedicarse a escribir y pintar por horas. Hacíamos tardes de cine afuera de las aulas, y las excursiones eran hacia la UCV, que era el centro de todo lo que pasaba”.

Nacida en un hogar donde privaban las preocupaciones intelectuales, la disciplina es parte de su perspectiva del mundo. Siem-

**“MUCHOS DE MIS  
PARIENTES NO  
ENTIENDEN POR  
QUÉ DIGO  
QUE ES NUESTRA  
HISTORIA. MEZCLÉ  
UNOS PERSONAJES  
CON OTROS Y  
NADIE LOS  
IDENTIFICA, PERO,  
BUENO, TRATÉ DE  
SER MUY FIEL  
A MI MEMORIA”**



co”, con otros hijos de estudiantes y profesores de la UCV. Entonces, Ana María San Juan tenía 15 años de edad y cada tarde dirigía algunas actividades extracurriculares: “Mariana era muy distinta, porque tenía un mundo familiar muy vinculado a la política, y eso la distinguía de los otros compañeros. Sus padres fueron protagonistas en diferentes áreas y eso marcaba sus apreciaciones”. Afortunada no sólo por la profesora que tenía sino por no ser la única en la escuela con una historia “rara”, entre sus compañeros de clases estaban Alonso Moleiro (hijo de Moisés Moleiro, fundador del MIR), el ex vicepresidente Jorge Rodríguez (hijo de Jorge Rodríguez, de la Liga Socialista, asesinado en 1976) y el periodista y narrador Héctor Bujanda, entre otros.

Cada acontecimiento político o cultural de la universidad era conocido de inmediato por los jóvenes, quienes, ni cortos

do muy pequeña participó en actividades artísticas, talleres literarios, y un grupo de cine que se llamaba “Vela y viento”. Allí también estaba su primo, el poeta Ezequiel Borges. Hijos de una generación marcada por los planteamientos políticos y estéticos, no resulta extraño que estos niños jugaran a crear grupos de vanguardia. Borges, hijo de Jacobo Borges y la cineasta Josefina Jordán, esboza sonrisas mientras recuerda: “Nos la pasábamos inventando grupos. Por ejemplo, al grupo literario lo nombramos ‘El Autobús’. Incluso hacíamos pintas en la calle que decían: ‘Cuéntame un silencio’ y firmábamos ‘El Autobús’”. Emplazado a recordar, comenta: “¿Competitiva Mariana? ¡Pues claro!”.

Y es que, sea a través de guiones, dirección, fotografía, robótica o cualquier otro método, las ideas que, entre desvelos y premuras, se apoderan de Mariana, siem-



Taller  
**CELULAR**

**MovilTest**

Servicio Especializado en Reparación de  
Telefonía Móvil Celular

**Reparamos**  
**en Tiempo Record!**

**Garantizado**

- Todas las marcas del mercado
- Equipos sofisticados para el diagnóstico y reparación de su equipo
- Repuestos originales
- Accesorios
- Actualización de Software

Repuestos y accesorios  
originales para

 **BlackBerry**<sup>™</sup>

(0212) **267.21.33**

C.C San Ignacio, Nivel Jardín, Sector Broadway  
Local CG-35, La Castellana - Caracas

pre desembocan en la expresión artística. Su primo exclama con total seriedad: “Un verdadero artista siempre debe estar centrado en sí mismo, aunque tenga una capacidad empática desarrollada. Hay gente que la critica por hacer una película sobre su historia en medio de la guerrilla. Es cierto que puede resultar chocante al principio, pero de eso se trata el arte para mí: de encontrar una mirada original sobre la realidad a partir de uno mismo”.

Huelga recordar que hasta hace prácticamente nada, en algunos lugares, cualquiera que se apartara un poco de las rígidas reglas, podía terminar muy mal. Muchas mujeres como Mariana, notorias por su sensibilidad ante los saberes y las formas artísticas, terminaban alimentando alguna hoguera medieval.

De negro cerrado, como una viuda napolitana, pero sonriente, la artista habla con un acento indefinible, en el cual se mezclan con gracia modismos chilangos, sureños y caraqueños. Se queja de las críticas de ciertos periodistas sobre el sesgo intelectual de su cine: “Qué grave estamos si lo malo de algo es que sea intelectual. A veces somos demasiado peyorativos con las ideas, con el pensamiento. Digamos que el grado de emoción que ando buscando tiene que ver con la posibilidad de la reflexión, o con lo que pueda generar el pensamiento”.

Por su ascendencia en la izquierda intelectual, era lógico que Mariana se formara como cineasta en la mítica escuela de cine de San Antonio de los Baños. Fue a mediados de los ochenta cuando abandonó sus estudios de periodismo en la Universidad Central de Venezuela y recaló en Cuba. De hecho, pertenece a la primera generación de cineastas que salió de esas aulas.

La Escuela Internacional de Cine fue un benigno capricho de Gabriel García Márquez en la que el escritor desahogó su frustración de no haber podido ser guionista en su juventud. Usando todo el prestigio del Nobel, el padrino consiguió juntar un elenco de lujo para sus pupilos: charlas y seminarios con experimentados realizadores como Francis Ford Coppola, István Szabo y George Lucas eran frecuentes en esa época, por no mencionar la visita frecuente de los mejores actores,

**“QUÉ GRAVE ESTAMOS SI LO MALO DE ALGO ES QUE SEA INTELECTUAL. SOMOS DEMASIADO PEYORATIVOS CON LAS IDEAS, CON EL PENSAMIENTO. EL GRADO DE EMOCIÓN QUE ANDO BUSCANDO TIENE QUE VER CON LA POSIBILIDAD DE LA REFLEXIÓN”**

guionistas y directores de América Latina. “Llegar allá fue empezar a pensar y trabajar en cine, además de conocer gente extraordinaria. Yo era la menor de esa escuela que nunca paraba, la gente filmaba día y noche. Funcionaba a las tres de la madrugada como a las tres de la tarde”.

Sorprendido por su juventud, García Márquez le preguntó al tropezársela en un pasillo: “Mija, y ¿tú eres hija de cuál profesor?”. Aún la cineasta sonríe con picardía mientras recuerda: “Le dije: ‘No, maestro, yo estudio aquí’. En los primeros trabajos que presentamos a él le gustaron mucho mis propuestas; siempre fue súper encantador conmigo. Solía preguntarme qué quería hacer y hacia dónde iba, pero bueno, eso era la convivencia diaria”. Mariana señala, con asombro, que ella y sus compañeros de clase estaban más tiempo frente a las cámaras que tras ellas.

En cada proyecto, más que la historia atractiva o “vendible”, Rondón busca destilar sus propias experiencias, sus propias intensidades. Aunque a veces corra el riesgo de la incomprensión de la audiencia, la senda ya está definida: “Con el arte y el cine, sobre todo en *Postales*, traté de construir un hilo conductor emocional. Aunque te perdieras, ahí están todos los elementos, si lo piensas es un rompecabezas del que no dejé que se escapara nada. Pero la gente tiene mucho miedo de perderse, de entregarse a sensaciones nada más”.

Días después, una fina llovizna riega los jardines de Sartenejas. Los predios de la Universidad Simón Bolívar proyectan una paz definitivamente anormal en una ciudad tomada por el caos como Caracas. En las vastas estancias del Laboratorio de Procesos Metalmeccánicos, Mariana luce diminuta entre la multitud de máquinas verdes y grises. Tornos, fresadoras y pren-

sas industriales se yerguen mientras ella busca una de las piezas. Un joven ingeniero abre varias puertas y revela un enorme arcón de madera clara. Adentro, protegida por una colorida capa de goma espuma y plástico, aparecen las piezas cromadas de una de sus instalaciones.

La artista la observa, atenta y orgullosa. Será incluida en una exposición itinerante patrocinada por Telefónica que dura tres años, por lo que la pieza ahora se encuentra en Lima. Los rigores del transporte y la prolongada ausencia de su creadora son las razones que explican la permanencia de la instalación en estos talleres, donde fue reformada. Y es que cada vez que sus seres transgénicos están fuera de exhibición, tienen que ser reajustadas. No por nada son para ella “seres” vivos. “Siempre me sobrecargo mucho, todos los días repaso y me pregunto por qué no le pido más a la gente. A lo mejor estoy equivocada, pero pienso que deben darme más. ¿Sabes qué no me gusta? Que la gente no sea audaz, que no se arriesgue”, dice mientras se apoya en un largo paraguas, por supuesto, negro.

Recién viene llegando del festival Karlovy Vary, en la República Checa, pero continúa alucinada por la experiencia en Beijing. Sobre el lejano Oriente comenta risueña: “Estuve 13 días y en montaje ocho, más el día de la inauguración. Pude salir muy poco, pero igual estábamos a dos cuadras de la Ciudad Prohibida, y en la hora de almuerzo nos escapábamos. Es increíble pensar que allí no podían entrar mujeres”.

En esta experiencia, la pieza *Llegaste con la brisa 2.0* de Mariana compartió espacios con los mejores artistas electrónicos del mundo. Las fantasías futuristas de Stelarc, Luc Courchesne y Chico MacMurtrie fueron algunos de los trabajos escogidos para la cita.

Aunque no se declare consciente de ello, el trabajo de esta lectora fanática de Ray Bradbury (siempre relee las célebres *Crónicas Marcianas*) se vincula directamente con la estética *cyberpunk*. La naturaleza alucinada de seres posthumanos y alterados cuyo fenotipo cambia sin que eso resuelva sus dilemas existenciales, la une a la búsqueda emprendida por Floria Sigismun-

di —directora de vídeos de Marilyn Manson—, Orlan —quien construye sus creaciones alterando su cuerpo: ya ha tenido el rostro de La Gioconda y Lady Di, por ejemplo) y los venezolanos Alfredo Ramírez, Alexandra Meijer-Werner y Elías Crespín.

Sobre estas correspondencias, otro artista venezolano, Yucef Merhi, explica desde su estudio neoyorquino: “Lo que vincula a Mariana con estos creadores, además del referente técnico y visual, es la universalidad de su discurso plástico y la sensibilidad poética en la formalización espacial de su trabajo”, declara, y no traduce.

La vinculación de distintos lenguajes, como cine, artes plásticas y tecnología con inquietudes extra-artísticas, como ciencia, política y bioética en sus piezas, fue algo que fascinó a la experimentada curadora María Elena Ramos. En un salón Pirelli, Mariana cuenta que la investigadora apostó por su propuesta, y eso la marcó.

Sin dramatismos, Ramos explica que una parte importante de su trabajo “está

implícitamente ubicado en zona de riesgo. Pero de lo que se trata en casos como éste es de encontrarse, sin más, con el talento... y darle oportunidad”.

Luego de hablar con varios ingenieros, Mariana hace un alto en el Subway de la universidad. Toma café y fuma un cigarrillo mientras una canción de *reggaeton* todo lo invade. Grita para ser escuchada por encima de la estridencia. Recuerda que hizo esgrima de chica y su instructor era muy duro. También que, pese a la renuencia de su padre y en claro desafío a su doctrina antiimperalista, se disfrazó de la Mujer Maravilla. Hace una pausa en su evocación y añade con desparpajo: “Mariana no sueña”. O para decirlo más claramente, sus sueños, cuando los tiene, son grises y rutinarios, casi burocráticos, como hacer la cola para pagar la luz o pelear con mecánicos, plomeros y funcionarios.

Como esos sueños, su personalidad proyecta una sombra, una bruma, algo indescifrable. Sobre su pasión por el ne-

gro a la hora de vestir, aclara que no lo hace por razones esotéricas o estéticas, no, no, no, sino porque la hace lucir más delgada. Pese a la vivacidad que la posee cuando habla de sus obras, no muestra el mismo entusiasmo sobre otros temas. Resguarda su espacio íntimo, sólo compartido con sus criaturas mecánicas y las historias del celuloide. Quizás todo esto explique cierta impresión de melancolía que causa.

Antes de partir adopta una expresión pensativa. Luego, con lentitud, agarra su largo paraguas. En la caminata hacia el carro que le prestaron, la universidad aparece vacía y húmeda, envuelta en la niebla que baja de las montañas. Parece el interior de una de sus burbujas.

Solitaria desde chica, dice que vuelca su afecto selectivamente: “¿Enamorarme?, eso ya no me pasa”, ríe; luego cierra la puerta de un sedán azul eléctrico, enciende el motor y desaparece en la bruma gris oscuro de Sartenejas. ■

—A. L.

Publicidad aprobada por la Superintendencia de Seguros bajo el No. 14.006 Ref. N. J. 00021447-6

## Este automóvil cuenta con 53 años

Todos nuestros vehículos asegurados cuentan con los 53 años que tenemos de experiencia.  
Años que se ven en cada uno de nuestros **SEGUROS**.  
Años que se ven en todos nuestros **SERVICIOS**.  
Y sobre todo se ven en tu **SERENIDAD** al estar respaldado por una empresa sólida, de mucha tradición y en la cual puedes confiar.



**La Venezolana de Seguros y Vida C.A.**

TE ASGURAMOS COSAS BUENAS.

Calle Madrid con Monterrey, Edificio La Venezolana de Seguros y Vida Las Mercedes Caracas.  
Teléfonos: (0212) 9094848 al 9094858. CALL CENTER: 0-800-VE NE-365(0-800-8363-365)

[www.lavenezolanadeseguros.com](http://www.lavenezolanadeseguros.com)

